

El Fuego de la Pasión

Frágiles como la luz del crepúsculo eran las lágrimas que se desprendieron de los ojos enturbiados de quien había compartido muchos años de mi vida, la inocente dama con la que me casé. Mirada bajo el influjo del engaño y la infidelidad, al ser sorprendida haciendo partícipe su secreto de mujer con otro hombre que yo apreciaba; un buen compañero del que nunca hubiese esperado ocurrencia semejante.

Debajo de la persona que honré tan pronto se cruzó en mi vida, aquel hombre, sosteniéndola por la cintura, le daba un movimiento rítmico, arriba y abajo, todo acompañado por unos gritos de placer que clamaban el fuego de su pasión. Ligeramente envueltos en unas sábanas que disimulaban sus cuerpos desnudos, se desenvolvían con soltura; sin duda estaban acostumbrados a realizar aquello durante mi ausencia. De repente, una aparición que nunca esperaron, cortó de cuajo sus agotadores quehaceres. Unos ojos casi a punto de abandonar sus órbitas, miraban el suelo con sumisión, mientras las manos recogían todas las sábanas, que en aquel momento, parecieron no ser capaces de ocultar la desnudez de sus dos cuerpos cálidos y sudorosos, pero que pronto se enfriaron con rapidez, sobresaltados por mi presencia. El mutismo envenenó la escena, de la que fue a surgir la ira contenida en mis ojos; unas lágrimas amargas que corroyeron este corazón que en aquel instante iba más acelerado de su ritmo habitual; amenazaba con

salir por la estrecha garganta que le impedía su paso, dificultando así el aliento de mis pulmones. Hechos a los que no daban crédito mis ojos, temblorosos ante imágenes tan fatídicas y que hicieron aflorar una visión de muerte en ellos, al ver como la familia que creé, se destruía en apenas una pequeña fracción de tiempo. Mi sangre también se envenenó de la cólera que surgía de los hechos que acababa de presenciar.

Las ganas de cometer un asesinato, se acumularon en estas manos, en las que la sangre se remansaba buscando darles la fuerza necesaria para vengar semejante ultraje. La mirada de mi mujer me acobardó y fue a impedir que tal vez llevase a término mis intenciones. El lagrimeo que destilaban sus ojos, al ver su lealtad manchada, corroyó mi susceptibilidad y me dio el aliento necesario para hacer las maletas, entre suspiros, quejas y súplicas, mientras el sujeto que había descubierto las intimidades de mi mujer, abandonaba la escena de los hechos, para evitar posibles arrebatos de violencia sobre sus partes de carne ya flácidas.

Años de pasiones compartidas con una mujer especial y que dieron sus frutos en un hijo y una hija maravillosos, se hacinaron en mi recuerdo, donde la mente los examinaba una y otra vez para buscar aquello en que pudiese haber fallado. Atrás dejé la casa que construí para formar una progenie; las lágrimas que surgían de lo más profundo de las entrañas de mi mujer; la extrañeza en la mirada de mis hijos, desconocedores de nuestra situación... Era tiempo para pensar alejado de aquel amargo suceso; qué mejor sitio que el de mi infancia.

Tampoco nunca llegaría a imaginar que, bajo la presión de aquellos hechos, yo pudiese caer también en el mundo de las pasiones en una aventura fuera de la vida matrimonial. Fue con una misteriosa mujer que siempre aparecía por doquier y que un día, volvió a su Olimpo, del que nunca debió salir, tal como había aparecido, envuelta en una sensualidad innata, propia de la lujuriosa Grecia.

Un estrecho camino de tierra, largo y de colores invariables, envuelto en un silencio quebrado por el ruido de mi vehículo y, abriéndose paso entre vastas extensiones de olivos, me conducía hacia mi casa de verano. Todo bajo la oscuridad de una noche en la que se podían ver gran cantidad de estrellas alrededor de una luna inapreciable, lugar al que hacía casi dos años que no iba.

En la lontananza, unas pequeñas luces llamaban la atención entre tanta soledad y monotonía. Un perro ladró ante el ruido del coche, dentro de las caballerizas los équidos se inquietaron interrumpiendo su descanso. Entre tanto alboroto, de la casa surgió aquel hombre delgado, de blancos cabellos e inmenso bigote que solía enclavar en los lugares más recónditos, persona que era como un padre para mí, hombre al que no había visto en mucho tiempo.

Un aire limpio, con la fragancia de los pinos, se adentró en lo más profundo de mis pulmones para devolverles la vitalidad de años atrás. El olor a leña quemada vestía la noche y evocaba aquellos entrañables momentos junto al fuego con quienes yo más amé, siempre acompañados de la animosa sonoridad de una sobada guitarra española.

- ¡Buenas noches señor!. ¡Cuánto me alegra volver a verle!. ¡Hay que ver el tiempo hace desde la última vez que vino por aquí!. ¡Pase, pase!. ¿Qué le trae por aquí a estas horas de la noche?. ¡Venga!. Entremos dentro de la casa que ya refresca y verá a mi mujer.

Con la serenidad que le caracterizaba, se acerco para darme un fuerte apretón de manos y un gran abrazo. Me recibió como a un hijo pródigo y finalmente entramos dentro de la casa, donde su mujer, bien hacinada en carnes, recogía los despojos de lo que supuse una de sus cenas a base de carne guisada.

- ¡Deja eso muchacha y mira quien ha venido a estas horas!. Y... Bueno, supongo que para quedarse unos días -dijo con una voz ronca que le salió sorteando el tabaco de mascar que llenaba su boca-.

- ¡Ay!, Este muchacho. Ven que te dé unos besos. ¡Cuanto tiempo!. ¡Señor!. Veo que también ha engordado un poco, ¡eh!. No si los años no perdonan a nadie. ¿Qué le trae por aquí?. ¿Quiere algo para cenar?. Mire, se lo preparo en un momentito. ¿Ha venido solo?. ¿Y su mujer?. ¿Y sus hijos?...

Seguía como siempre. No paraba de hablar ni para dormir y tampoco cambió sus atuendos con los años: una prenda del tiempo de la guerra, manchada de aceite y que no me explico cómo se la podía poner, ni como le dejaba respirar, le marcaba aquellos voluminosos pechos que me libraron de la muerte por inanición de pequeño, llenos de la leche que no pudo apreciar su hija nacida muerta. Bajo aquel ropaje, con toda seguridad, las bragas brillarían por su ausencia, como ya una vez bien

pudo percibir mi hijo. También los últimos años la habían castigado con unos kilos de más y eso que nunca le faltaron.

- No, no quiero nada, gracias, lo siento. ¡Si son las dos de la madrugada!. Ha pasado algo que ya os explicaré, ruego me disculpéis, pero mañana hablaremos. Es muy tarde y estoy cansado del viaje -dije yo con un cierto tono seco y apagado que me salió del alma, tal vez a raíz de la desgracia que arrastraba. Lo cierto es que así corté toda la extrañeza de la situación-.

- Bien, bien, tranquilo ya hablaremos mañana con más tiempo. Enseguida le preparo su habitación. Baje las maletas del coche mientras adecuo la cama, que aquí por las noches sigue haciendo bastante frío -manifestó la mujer con cierto descontento, puesto que hablar con alguien era lo que más apreciaba entre tanta soledad-.

La noche fue larga. En mi mente no dejaban de sucederse las imágenes de dos personas, cuyo rostro quedaba envuelto en la oscuridad, mientras gozaban del placer que eran capaces de proporcionarse mutuamente, gracias a mi ausencia. Todo se repetía una y otra vez, hasta que este cansino cerebro, cesó sus maquinaciones para quedar vencido por la fatiga.

La noche nos fue abandonando para, así, ir a ofrecer su descanso en la otra cara del mundo. Lo dijo el canto de un gallo, que daba la bienvenida al nuevo día y me animó a ver el alba desde mi hacienda, como tiempo atrás. Marché hacia las caballerizas, y después de colocarle la silla a uno de los caballos, salí a pasear por la finca, bajo una luz tenue, acogida entre la calma. Una tonalidad rojiza al

fondo del paraje, iba adueñándose del firmamento, del que salía una bola de fuego que alimentaba mis ojos sedientos de venganza. Y mientras la mente proseguía en sus cavilaciones, el sol fue ascendiendo hasta culminar todos sus dominios.

Entre unos olivos, se escondía una cautivante silueta, frente a un árbol que le hacía de caballete y sobre el que descansaba un lienzo, donde la belleza del paraje quedaba impresa en suaves pinceladas llenas de colorido. Aquella dama, vestida con una especie de túnica blanca, parecía recién extraviada del paraíso de los dioses. Allí estaba ella, inmersa en su creación; sus oscuros cabellos, recogidos con una peineta de madera, adornada mediante una diminuta flor, dejaban la nuca al descubierto para culminar el escote de su espalda; una dura y cruel piedra acogía con gusto la firmeza de aquella noble figura, que recordaba a una estatua esculpida en la antigua Grecia. El caballo, alterado por su misteriosa presencia, relinchó sobresaltado, queja que fue a estorbar la labor de semejante doncella.

- ¡Se encuentra en una propiedad particular, por favor, abandónela enseguida o avisaré al guarda! -anunció ella con una voz alimentada en la adrenalina del sobresalto, al tiempo que intentó ocultar sus quehaceres-.

- Siento molestarla, pero esta propiedad es mía más mucho allá de donde alcanza la vista. ¿De dónde ha salido usted?. ¿Qué hace aquí?.

Acercándose donde yo estaba, hizo una leve inclinación de la cabeza a modo de saludo. Toda envuelta en aquel vestido, sólo le quedaban al descubierto unas sandalias, que eran la única protección de sus pies en una tierra enterrozada y pedregosa. Prenda que favorecía la distinción de su cuerpo en una feble transparencia casi virginal, que mis ojos anhelaron descubrir recorriendo su figura, de una esbeltez inigualable a cualquier otra de las mujeres que antes hubiese conocido. La piel de su rostro, acariciada por el sol; los cabellos, oscuros como la noche, con reflejos de luna; unos ojos de admiración, color azabache y de mirada sincera, protegidos por vistosos párpados que sus estilizadas cejas coronaban,... Todo ello desvió mi atención de aquella prenda sedosa, hacia su afable rostro.

- Disculpe señor. Soy la sobrina del hombre que se ocupa de estas tierras y que vive en la caserna, detrás de aquellos pinos –dijo señalando a mis espaldas-. ¿Y usted quién es?.

- Soy el propietario de esta finca. Por favor disculpe mi intromisión. Vine anoche y como no la había visto antes... Bueno, la verdad, es que tampoco nunca me han hablado de su familia –dije yo mostrando un orgullo rebuscado entre mis sentimientos heridos y, haciendo uso de mi galantería, proseguí-. Si permite que me presente... Para servirla. Se encuentra muy lejos de la casa y es peligroso estar aquí sola para una mujer como usted. Además el sol ya empieza a quemar. ¿Me permite que la lleve hacia allá?.

- Lo agradecería mucho, pero nunca he subido a un caballo, les tengo respeto. Si es tan amable y me ayuda a subir... –Fueron las palabras escapadas de sus labios con la pletórica dulzura que mi corazón necesitaba oír-.

Desde encima del caballo, le extendí la mano para ayudarla a subir, y mis ojos, volvieron a buscar consuelo admirando la redondez de un busto con el que el creador culminó la perfección de toda su obra. Resultó difícil resistirse a aquella figura. Estaba por encima de cualquier problema.

Sujetando sus cosas bajo el brazo, sentí la suavidad de su mano ajustándose a la mía con la misma delicadeza de una madre acariciando a su hijo (me pareció estar sosteniendo una volátil pluma para evitar que el viento se la llevara hacia sus confines). Ya sobre el caballo, sus brazos se agarraron a mi cintura en un contacto tenue. Mi espalda temblaba ante el roce casi etéreo, a través de la camisa, de unos pezones vigorosos elevándose en la cima de unas mamas torneadas por un buen alfarero. El calor de su aliento rondaba por mi nuca, sobrecogida ante su hálito de vida. Gotas de un sudor frío, desembocaban escurriendo por mis costillas y me estremecieron la piel frente a tal cúmulo de sensaciones en tan inesperado momento.

- ¡Ah, veo que os habéis conocido! –dijo el tío de la beldad a la que yo acompañaba, saliendo de las caballerizas-

- Sí, me la he encontrado sola por allá, dibujando los olivos y como no me dijisteis nada ni tampoco la vi anoche...

- ¡Ya!. Vino ayer por la mañana. Fue tan repentina su visita y como ella estaba dormida a aquellas horas, ni tampoco se presentó la ocasión... Ha venido a visitarnos unos días y sin avisar la... Bueno, dejadme el caballo.

Para bajar del animal, se sujetó de mi hombro y de la mano de su tío y consiguió tomar tierra con la exquisitez propia de una princesa.

- Quisiera que me enseñase a montar a caballo antes de que me marche, si dispone de tiempo y no le molesta –comentó la doncella con una voz dulce a la que era difícil resistirse-.

- Con mucho gusto; cuando lo desee, señorita –y ambos nos fuimos cada uno por su lado-.

Ya se percibía en el aire el estado de la comida que estaba preparando mi nodriza. Entre tanto, aproveché para darme un paseo por los alrededores de la casa, que visiblemente comenzaba a notar mi ausencia y mostraba su edad con grietas, falta de colorido, deterioro por el tiempo, los pájaros o la hojarasca y la avanzada edad de quienes estaban a su cargo.

La capilla reunía únicamente telarañas, polvo e insectos muertos en aquel suelo sagrado donde se celebraron las ceremonias del adiós de mis padres, muertos ya entre el recuerdo de la infancia. Lugar que me llevó a ir al cementerio familiar en el que descansaban sus restos.

Árboles secos, otros para podar y estatuas de mármol entre flores marchitas, me traían al recuerdo la decadencia del esplendor pasado de mi familia; suplicaban mi ayuda para prolongar nuestro caduco linaje, del que yo era el último de una noble casta pura. Arrodillado ante el sepulcro de mi padre, exprimiendo unas lágrimas para darle un hálito de vida, le pedí ayuda, y al levantar la vista, otra vez aquel misterioso encanto de la naturaleza, bosquejaba las tumbas sobre un nuevo lienzo. Tal vez era un espía o estaba recogiendo toda mi vida y mis recuerdos para llevárselos y quitarme lo poco que tenía.

Esta vez fue ella quien se acercó a mí, desconcertada por el lagrimeo de mis ojos, afanosa a ver qué me sucedía.

- ¿Qué te ha pasado?. ¿Por qué lloras?. –dijo tuteándome como ya conocidos de tiempo atrás-.

Todo avergonzado al ver mi hombría manchada de lágrimas ante una mujer, y sin poder emplear la excusa del mosquito en el ojo, le mencioné lo sucedido con mi esposa. Visiblemente afectada por cuanto le referí, intentó consolarme acogiendo mi mano entre las suyas.

- Si puedo hacer algo para ayudarte...

- Lo agradezco, pero estoy totalmente desconcertado y aún no sé cómo actuar en esta situación. Por favor, déjeme un momento a solas para pensar, no se ofenda.

- Te conviene descansar un poco de todo eso y verás como se soluciona. Ahora vayamos a comer, por cierto hace que me sienta vieja al hablarme de “usted” –dijo con una sonrisa para intentar elevarme un poco la moral mientras nos dirigíamos hacia la casa-.

Durante la comida referí lo sucedido entre mi esposa y yo, evento que les dejó realmente estupefactos, ya que siempre habíamos estado muy bien avenidos y la vida nos era próspera. Bajando la cabeza sobre el plato en señal de derrota, percibí como todos los ojos calaban en mí, especialmente los de ella. Tras alzar la mirada para dirigirla hacia la muchacha, esta tímidamente la quiso esquivar. Allí estaba de nuevo, con sus estudiados y perfectos movimientos. Centré mi atención esta vez sobre sus párpados mariposeando como las alas de una mariposa sobre la escudilla. Era algo inconcebible fijarme en ella después de cuanto había vivido con mi mujer, pero algo inexplicable brillaba en aquel rostro. Tal vez era la llamada de la infidelidad, una venganza.

A la calma del atardecer, una vez superado el sopor postrero a la comida y meditar sobre el almohadón, accedí a la petición de enseñar a montar a la invitada y así evadirme de mis pensamientos. Movidos al ritmo de una guitarra que su tío apasionadamente afianzaba contra el cuerpo; animados por un fugaz rayo de sol, y dentro de la pequeña parcela para la doma de los caballos; cabalgó ella sola por primera vez, aunque ya parecía adiestrada en el conocimiento de los movimientos del animal, o quizá éste también quedó seducido por sus encantos y se dejó llevar con soltura. El resto del día se sumió en la calma.

Nuevamente cayó una noche más. Luces procediendo de la habitación del capataz se encendieron reflejadas en el patio interior, y poco después, las de otra habitación las reemplazaron. Señales que daban lugar a pequeñas procesiones por los pasillos, en el cambio de compartimento de una persona que, aprovechando una muy bien acogida e inusual erección, iba rápidamente a buscar alguien con quien compartirla. Haciendo un pequeño esfuerzo, resultaba fácil escuchar el crujido de la cama o como se llamaban el uno al otro sin descanso hasta finalizado su ritual. Hechos que evocaban mis recuerdos de infancia cuando, atraído por los quejidos del catre, acudía a espiar cuanto pasaba en aquella habitación.

Con grandes esfuerzos para evitar la huida de una sonora carcajada, observaba como la cara de gran bigote (siempre pequeña al lado de la pieza de carne blanca y fofa en la que se abismaba) desaparecía entre las piernas adiposas de su mujer. El sujeto se regocijaba relamiendo un pedazo de carne jada (cubierta del pelo mas negro que hubiese visto nunca). Después friccionaban sus cuerpos llamándose mutuamente por sus nombres de pila, tal vez

maravillados frente a cuanto eran capaces de hacer. Parecían a una anchoa y una ballena buscando emparejarse con desespero, como si fueran los únicos supervivientes del planeta.

Siempre sentí como si se percatasen de mi presencia, pero nunca se detenían una vez en acción. Gracias a la contagiosa castidad de mi tía la monja (mi tutora, un angustioso personaje que siempre quería acceder a las arcas de la familia), nunca en aquel entonces llegué a entender la finalidad de aquellas maniobras. Tampoco me explicaron su propósito hasta que fui a servir allá de donde se salía hecho todo un hombre. Allí me enteré bien de la finalidad de sus actos con la vergonzosa ayuda de mis compañeros, dando por descartado el sacerdocio que tanto perseguía mi tía, al saber que yo era el único heredero de la hacienda de mis padres y que si me sucedía cualquier cosa, todo pasaría a manos de quienes estaban a cargo de la finca.

Fue sirviendo a la patria donde mis compañeros (ya bastante experimentados en desvelar los más insondables secretos que ocultaban las mujeres allá por donde llegan a besarse los muslos), burlándose de mi ignorancia en aquel tema (tras enseñarme la técnica manual), reunieron el dinero necesario para alquilar una de aquellas mujeres que se dejan hacer de todo un poco. Aunque sorprendida de mi estado y la edad que tenía, lo hizo sin cargo alguno por ver si me hechizaba y reincidía.

En una habitación bastante oscura, llena de observadores, todos bajo la influencia del alcohol, y en la que abundaban las risas, mientras yo me desnudaba tal como la experta había indicado, escuchamos el inquietante sonido de un chorro bastante grande y que haría buen borboteo en la letrina que acogía sin

vacilar su tibieza. Con toda seguridad le debió aligerar el cuerpo de unos líquidos para disponerse a acoger otros. Dando por concluida su labor con el estrépito de unas ventosidades acompañando las últimas gotas y el sonido del agua arrastrando todo cuanto había dejado abandonado al destino, la puerta que ocultaba aquel inquietante misterio cedió ante la... no sé si decir mujer después de todo cuanto me hizo.

Alguien encendió con avidez todas las luces que encontró aquel día, pero el efecto del alcohol lo hizo llevar bastante bien después de todo.

- ¡Venga!. ¡Venga! –gritaban mis compañeros-.

- Un momento primero tiene que lavarse –añadió la mujer mundana-.

Llevándome al baño del que acababa de salir, hizo que me sentase en un bidé y se dispuso a lavar mis partes, igual que si se tratase de una lechuga, aunque no obstante y al parecer, iban emocionándose con tanta violencia de movimientos y restregones.

- ¡Ya era hora!. ¿Qué habéis hecho ahí dentro? –repetían aquella vez mis cómplices-.

- Tranquilos y dejadme que sé lo que debo hacer –respondió ella con frescura-.

Yo estaba más emocionado de lo que nunca hubiese estado, tenía todos mis pensamientos fijados en aquello que caracteriza a los hombres y que nos deferencia de las mujeres allá por donde el ensortijado vello florece sin distinción; parte que estaba más despierta que yo (pues diría que llevaba mi control), cuando de repente, una especie de “gata salvaje” caminando hacia mí, subió deslizándose sobre la cama a cuatro patas. De entre una mata de cabellos esperpénticos que le cubrían medio rostro, pude distinguir sus ojos maliciosos y

una sonrisa picaresca. A causa de sus sinuosos y lentos movimientos, sus pechos ondulaban con un gracioso balanceo, hasta que finalmente, se detuvo ante el monigote intranquilo que se elevaba entre mis piernas y, sin decir, nada se puso a lengüetear. Noté un impulso titilante y una corriente placentera recorriéndome. No supe bien si por efecto del alcohol, pero casi me fundo con las sábanas de tanto placer. En absoluto se parecía a la técnica manual. De pronto ella se puso a expulsar lo que de forma inesperada le llenaba la boca.

- Esto se ha acabado –dijo ella escupiendo por doquier-. A lo que mis, desde entonces ya buenos amigos, se opusieron diciendo que como era la primera vez, acabase del todo con su trabajo. Finalmente ella asintió y...

- ¡Aaaah!. ¡Que calentito!. –No me quedaron palabras para describir aquel medio húmedo y pulido de tantas fricciones, pero fue un día inolvidable-.

Después las luces se extinguieron y la noche regresó a su calma habitual. Al amanecer, dos truenos cercanos, a los que siguió otro más tardío, desvelaron mi sueño y acudí a ver que sucedía. Reinaba la frescura del amanecer. El sol aún no había dejado su lecho, pero ya estaba despertando. Los perros no cesaron sus ladridos, pero alguien los liberó de las cadenas que, hasta el momento, les estaban privando de su libertad y salieron disparados hacia no sé dónde. Una imagen de infinita blancura como un espectro pasó fugaz ante mis ojos y se adentró en las caballerizas, y yo con gran temor, ajustándome bien las gafas, me proporcioné un garrote para caminar con desconfianza hacia el lugar y ver quién era. Me asomé a través de la puerta entreabierta. Un caballo sobre sus dos cuartos traseros arremetió contra el portón, del que por fortuna pude escapar sin sufrir percance alguno, y salió veloz rumbo al punto de donde procedían los

disparos. Me dispuse rápidamente a ensillar otro caballo y seguir a aquella ánima al galope.

El frío amenazaba con cortarme la cara. No había rastro del caballo. Pude oír a los perros ladrando alarmados a no mucha distancia. Mi corazón se debatía entre salir a luchar o permanecer oculto tras el armazón de huesos que le daba cobijo. De repente:

- ¡Psssst!. ¡Venga aquí!.

Allí estaba mi jinete fantasma, que no era mas que la reciente princesa de mis sueños.

- ¿Qué sucede?. -pregunté con una exhalación espesa, que se sumó a la del caballo, formando una pequeña bruma animal para desvanecerse con rapidez-

- Se trata de cazadores furtivos. Mi tío está intentando dar con ellos.

Al poco después apareció arrastrando un ciervo exánime sobre el que pululaban los perros en un afán de arrebatarse la escasa vida que iba resbalando de su boca ensangrentada. Nunca antes había visto unos ojos tan dilatados y con el brillo de una reciente muerte, tal vez suplicando el perdón de sus delitos o la concesión del descanso eterno. Con sangre fría, dispusimos el cadáver sobre un caballo, después de todo iban a ser aprovechadas sus sabrosas carnes.

- ¡Maldita sea!. No he llegado a dar con ellos. Es la tercera vez ya este mes -exclamaba fatigado empuñando un rifle tan achacoso como él-. Será que ya me estoy haciendo viejo -repuso.

Al llegar a la caserna estaba esperándonos un copioso almuerzo junto a la chimenea, en la que el fuego y el silencio de los allí presentes afectados ante la

gélida e inesperada madrugada, evocaron en mi memoria el día en que conocí a la que pocos años después iba a ser mi esposa.

Recuerdo que un chaparrón matutino me cogió por sorpresa mientras realizaba un poco del ejercicio físico que inculcó en mí la experiencia del ejército y que desde que acabé el servicio y los estudios de arquitectura, solía practicar para mantenerme en forma bien temprano. De pronto, me topé con alguien que estaba en las mismas condiciones que yo. Se trataba de una apuesta dama vistiendo un pantalón de deporte gris y un “top” del mismo color que dejaba al descubierto un atractivo ombligo en el centro de una buena cintura moldeada por el ejercicio físico. Lo que más me llamó la atención fue la escayola que le fajaba un brazo. Su cara de muñeca con el pelo sorprendentemente corto, en la que destacaban unos labios de ensueño para mi todavía corta experiencia en mujeres. Rostro más atractivo a efectos del agua que la empapaba tanto como a mí. Aunque fue mucho mejor verla salir de la ducha con el pelo de escasamente dos dedos todo encrespado, envuelta en uno de mis albornoces del que con cierto descuido, tal vez meditado, pude ver con el descarado que caracteriza a los adolescentes, el contorno de sus senos debatiéndose entre ocultarse o asomarse.

Mi casa quedaba más cerca y la compasión me llevó a brindarle una ducha caliente y ropa seca para, con posterioridad, llevarla a su casa. A aquel principio siguió una apreciable amistad que apartó mis pensamientos de cualquier otra mujer.

El chisporroteo de las llamas me sacó de mis sueños y volví la vista a todo cuanto me rodeaba, los recuerdos que cada cosa me traía. La alfombra sobre la

que la poseí una noche blanca en las lejanas montañas saciadas de nieve junto al mismo fuego. Alguna de las muñecas de porcelana que tanto le gustaban y que le regalé en uno de sus tantos cumpleaños. Viejas fotos de familia, otras más recientes...

Recapacité sobre cuanto tiempo había pasado ya, la edad, los años; momentos felices como el día de bodas, en que ella estaba más radiante que nunca, toda rodeada de flores blancas, vistiendo un largo vestido blanco; el nacimiento de mi hijo o de mi hija, acompañada de una gran sonrisa de felicidad mientras arropaba un diminuto y frágil ser que cabía en mis manos; sentí la añoranza de su compañía. Así que decidí darme un baño caliente que purificase mi ser.

Después de secarme consulté la sabiduría del espejo y vi la aparición de cabellos blancos, una cintura poco esbelta, la flacidez de mis brazos... Todo cuanto sedujo a aquella mujer, estaba marchito por los años. Probablemente el trabajo y su estrés contribuyeron en gran medida al deterioro, o fue quizá una despreocupación rutinaria de un cuerpo bastante adulto entregado a la arquitectura. En cambio, la madre de mis hijos, continuaba fresca como una flor de primavera, para la que los años no habían pasado. Tal vez en los últimos tiempos dejé de mostrarle el apasionamiento que la conquistó, o se agostaron nuestros sentimientos por el hábito en que quedaban los días en pos de la comodidad que solicitaba la entrega a mi trabajo.

Me pregunté una y otra vez ¿porqué él?, ¿porqué él?. ¿Cómo fue capaz uno de mis colegas de profanar mi matrimonio?. Quizá era el abandono de mi juventud lo que llevó a mi mujer a buscarla fuera del maridaje, tal vez la necesitaba para mantenerse joven.

A media tarde decidí aventurarme mucho más allá de la pineda a la que seguía una cala de aguas transparentes. Rebasé aquel acogedor lugar que solía frecuentar con mis hijos cada verano, hasta alcanzar a ver el mar abierto y otra playa aislada poco más lejos, en la que el progreso aún no había extendido sus raíces.

El mar golpeaba las rocas con una violencia de la misma intensidad que mi sufrimiento. Una brisa fuerte traía en suspensión el alimento de mis lágrimas en unas gotas frías y saladas que se confundirían con mi llanto. La roca estaba húmeda, pero no me importó. Una mano se fue a posar sobre mi hombro, con la delicadeza de un pájaro. Alzando los ojos por los que corría fuego, un rostro angelical, del que se desprendió un signo de consolación en una mirada absorbente contemplándome con fijeza, me concedió un descanso mediante su leve sonrisa.

- Sigues pensando en todo ello, ¿no?.
- Sí, no me lo puedo quitar de la cabeza, la quería.
- Tranquilo, ya verás como todo se soluciona.

Quien iba a pensar que un simple beso me condujese hacia una nueva efervescencia lejos de los momentos de placer que solía compartir con mi mujer. Tal vez la venganza, los celos o probar la infidelidad, me empujaron hacia aquella circunstancia que hoy atormenta mi espíritu.

Un gesto de consuelo expresado con los labios de un ángel del amor, se infectó de saliva ajena y, desembocando en el frenesí de dos voluntades extraviadas, nos envolvió en juegos de manos, seguidos del desnudo de nuestros cuerpos que culminaron en un aferramiento total entre sudor y respiraciones

aceleradas. Todo ello, en un medio arenoso, salpicado de las gotas de un mar embravecido a últimas horas de la tarde.

Mientras los labios cedían al afecto de la belleza que postraba ante ellos, mis manos examinaron maravilladas la firme redondez de los pechos que se ocultaban tras la blusa abotonada, que no opuso resistencia a las manos que la desabrocharon con paciencia para no sobresaltar su disposición a cuanto pudiese suceder. De pronto, sentí otra mano que bajaba recorriendo mi pecho hasta llegar a detenerse un palmo más abajo del ombligo. Intentaba atravesar la clausura que tal vez ocultaría alguna cosa en estado latente, pero que comenzaba a despertar y que, de modo predeterminado, cautivó su atención. Tras un sonido deslizante, aquella mano, reptando como una serpiente a la entrada de un cubil en el que precisamente no se alojaba ningún conejo, consiguió acceder hacia cuanto buscaba. Sin darle demasiada importancia yo proseguí en mi labor, desabrochando la prenda que encubría las portentosas divinidades de aquella princesa.

Mientras, mi lengua, actuando por cuenta propia, tras examinar la oreja izquierda, empezó a deslizarse hacia su hombro degustando aquella piel dorada por el sol. Siguió bajando por el brazo hasta que el tatuaje de un ave rapaz hizo que me detuviese. Mis ojos quedaron maravillados para quedar entregados a admirar su encanto.

Unos pellizcos en la nalga me animaron a continuar. Los dedos comenzaron a recorrer cada vértebra, hasta que llegaron a una graciosa curva que resaltaba para dirigirse hacia atrás; montículo que aparecía

dividido en dos partes simétricas y consistentes que rápidamente solicitaron la presencia de la otra mano, muy afanosa desnudando todo aquello que encontraba a su paso para examinarlo con detención.

Las dos manos, palpando con firmeza las nalgas que las colmaban, suaves como la piel de un bebé, sopesaron su valía y comprobaban su nervio con unos dulces pellizcos. Entretanto mordía distraídamente una oreja, haciendo uso de mi viscosidad bucal, descendí poco a poco lamiscando por el cuello. La lengua, deslizándose con habilidad, consiguió llegar a un valle entre los pechos, de los que antes ya se habían percatado las manos y, junto con la ayuda de los dientes, quiso examinar los prominentes pezones, que siempre les había resultado difícil ocultar a las ropas de las que hacía uso esta diosa.

Acorralando el pezón entre los dientes, la deshuesada lo acarició con mucho tacto, estudiando su naturaleza. Poco después seguí recorriendo aquella superficie con los labios mediante pequeños besos, percibiendo cada costilla, cada curva..., hasta llegar a un exquisito ombligo, por el que la lengua buscó acceder a las entrañas de aquella virgen. Mi espalda brotaba en fuego frente a unas manos que la arañaban con gana, y para escapar de sus uñas, decidí ir a buscar los pies que soportaban tanta belleza.

Como un recién nacido, con todo el dedo pulgar dentro de la boca, chupaba buscando extraer la savia que me diese fuerzas para continuar. Cansado de no conseguir nada más que sobreexcitarla, fui ascendiendo por su pierna derecha haciendo cosquillas con la nariz, hasta detenerme sobre la rodilla. Alcé ligeramente la vista para observar el

camino que quedaba por recorrer y mis ojos, quedaron boquiabiertos. Una agradable y poco esperada protuberancia, aquel fresco y tierno abultamiento simétrico a cada lado de la húmeda hendidura (como los labios de una infanta, en los que el vello no tenía morada) estaba esperando mi llegada, mientras ella, tal vez vencida por la experiencia se dejó poseer.

Explorando la entrepierna desde la distancia, y ayudándome a subir con la lengua por la cara interna del muslo, llegué a besarme con aquellos labios carnosos, en los que se entremezclaron nuestros fluidos haciendo uso del viscoso músculo. Con mi boca examinaba su naturaleza mediante un lengüeteo, que iba abriéndole paso a mi virilidad. Al acceder a sus entrañas, una deleitosa sensación de calor en un medio húmedo, cautivó mis emociones y me envolvió en una red de ofuscación frente a cuanto me estaba sucediendo. Unas manos alborotadas acariciaban con desespero mi espalda, mostrando de tanto en tanto sus uñas o aferrándose a las nalgas con fiereza ayudando su movimiento de vaivén, ritmo guiado por una extraña y jubilosa corriente que me recorría de arriba abajo.

De repente, aquella fiera me derribó, y poniéndose sobre mí, continuaba alternando el movimiento de balanceo arriba y abajo, cada vez con más desesperación, gimiendo más y más, al tiempo que yo intentaba menguar la violencia de su impulso, sujetándola por la cintura. Observándole la cara, vi como extrañamente sus ojos lagrimeaban en una enigmática expresión de placer y dolor. Milagrosamente agotada, se dejó caer sobre mí suspendida en una nube

de locura, mientras, yo le acariciaba el cabello y sentía reposar el peso de sus fatigas. Todo pegajoso de arena y sudor, me recreaba con el pensamiento absorto en el momento que acababa de concluir.

Al día siguiente un haz de luz llamando a la ventana de mi habitación me despertó. Ella se había marchado al misterioso lugar del que vino. Dejó la huella de sus pasos sobre un lienzo, en el que pude distinguir el retrato de mi mujer, fundida en un beso eterno conmigo, bajo la puesta de sol a la orilla del mar en la que le fui infiel. Entre las aguas, una sirena sonriendo con la mano en señal de adiós.

Con gran admiración había contemplado una y otra vez aquel ser en cada uno de sus movimientos, posturas, actuaciones... Hoy perduran en mi recuerdo el color de sus ojos, en los que se mezclaban la noche y la tierra, en una insólita amalgama de brillos cada vez que la refulgencia solar incidía en ellos. Ojos que vistos de perfil me asombraron con sus párpados pestañeando con gran sutileza. Ojos que vi llorar en una situación realmente insólita. El movimiento de vaivén que adquirirían sus pechos bajo aquella blusa cuando cabalgaba. El brillo del escaso e inapreciable vello dorado que poblaba su cuerpo, ofreciendo gran contraste con el negro de sus cabellos a los efectos de un rayo de luna, incidiendo sobre ellos en un brillo sobrenatural. Las diminutas pecas que engalanaban su nariz, dotada de una tonalidad rojiza a causa del sol. La nuca descubierta frente los cabellos que recogía la peineta de madera...

Comprendí que mis hijos y mi mujer me necesitaban. Eran para mí lo más importante del mundo. Merecía el perdón y un renovado ramo de sentimientos como el que recibí cuando nos casamos. No tardé más de una hora en volver junto a ella, mi mujer.

Daniel Balaguer
<http://www.danielbalaguer.es>
<https://sites.google.com/site/danielbalaguer>